

LOS RIESGOS DE LA FE

San Alberto Hurtado, S.J.

“¿Podéis beber el cáliz?... ¡Podemos!” (Mt 20, 22). Santiago y Juan piden al señor, con noble ambición, sentarse a su lado en la gloria; sublime ambición, y Jesús les responde con la gran aventura en q se embarcan si piden esto: *Debéis correr un tremendo riesgo para alcanzarlo. ¿Podéis beber mi cáliz, podéis ser bautizados con mi bautismo? -¡sí, podemos!* Aquí está nuestro deber: arriesgarnos cada día por la vida eterna... Arriesgarse significa correr un riesgo: ¡falta total de seguridad! El que quiere salvarse tiene que arriesgarse. No hay riesgo cuando no hay temor, incertidumbre, ansiedad y miedo. En esto consiste la excelencia y la nobleza de la fe, que la señala entre otras virtudes: porque se supone la grandeza de un corazón que se arriesga. “*La fe es la firme seguridad de lo que esperamos; la convicción de lo que no vemos*” (Heb 11, 1). En su esencia, pues, la fe es hacer presente lo que no vemos; obrar por la sola esperanza de lo que esperamos sin poseerlo ahora; el arriesgarse para alcanzarlo.

Los Apóstoles Santiago y Juan no se daban perfecta cuenta de todo cuando cuanto ofrecían, pero lo más íntimo de su corazón se revelaba en estas palabras, profecía de su conducta futura. ¡Se entregaron a sí mismos sin reserva y fueron cogidos por Uno más fuerte que ellos y cautivados por Él! Pero aunque poco sabían el alcance de su ofrecimiento, se ofrecían de corazón y así fueron aceptados: “- ¿Podéis beber?... -¡Si podemos! -¡Beberéis, pues, mi cáliz, y seréis bautizados con el Bautismo con que yo seré bautizado!” (Mt 20, 22).

Así actuó también Nuestro Señor con san Pedro: Aceptó el ofrecimiento de sus servicios, aunque le avisó cuán poco se daba cuenta de lo que ofrecía.

El caso del joven rico, que se volvió tristemente cuando Nuestro Señor le pidió que lo dejase todo y lo siguiera, es uno de esos casos de uno que no se atreve a arriesgar este mundo por el otro, fiándose de Su Palabra.

Conclusión: si la fe es la esencia de la vida cristiana, se sigue que nuestro deber es arriesgar todo cuanto tenemos, basados en la Palabra de Cristo, por la esperanza de lo que aún no poseemos; y debemos hacerlo de una manera noble, generosa, sin ligereza, aunque no veamos todo lo que entregamos, ni todo lo que vamos a recibir, pero confiando en Él, en que cumplirá su promesa, en que nos dará fuerzas para cumplir nuestro votos y promesas, y así abandonar toda inquietud y cuidado por el futuro.

Pensemos. ¿Qué has sacrificado por la promesa de Cristo? En cada riesgo hay que sacrificar algo: aventuramos nuestras propiedades por una ganancia, cuando tenemos fe en un plan comercial. ¿Qué hemos aventurado por Cristo? ¿Qué le hemos dado en la confianza de su promesa? Éste es el problema: ¿Qué hemos arriesgado nosotros?

Por ejemplo, San Bernabé tenía una propiedad en Chipre: la dio para los pobres de Cristo. Aquí hay un sacrificio, hizo algo que no habría echo si el Evangelio de Cristo fuera falso... Y es claro que si el Evangelio de Cristo fuera falso (lo que es imposible) hizo un muy mal negocio; sería como un negociante que quebró, o cuyos barcos se hundieron.

El hombre tiene confianza en el hombre, se fía de su vecino, se arriesga, pero los cristianos no arriesgamos mucho en virtud de las palabras de Cristo y esto es lo único que deberíamos hacer. Cristo nos advierte: “*Haceos amigos con el Dinero injusto, para que, cuando llegue a faltar, os reciban en las etapas eternas moradas*” (Lc 16, 9). *Esto es, sacrifiquen por el mundo futuro lo que los sin fe usan tan mal: viste al desnudo, alimenta al hambriento...*

Así, el que teniendo buenas perspectivas en el mundo, abandona todas sus perspectivas para estar más cerca de Cristo, para hacer de su vida un sacrificio y un apostolado, se arriesga por Cristo. O aquel que, deseando la perfección, abandona sus

proyectos mundanos y, como Daniel o San Pablo, con mucho trabajo y mucho esfuerzo, lleva una vida iluminada sólo por la vida que vendrá. O aquel que, cuando se ve cercado de lo que el mundo llama males, aunque tiembla, dice: “*Que se haga su voluntad*”. Éstos arriesgan lo que pueden por la fe.

Estos son oídos por Dios y sus palabras son escuchadas, aunque no sepan hasta dónde llega lo que ofrecen, pero Dios sabe que dan lo que pueden y arriesgan mucho. Son corazones generosos, como Juan, Santiago, Pedro, que con frecuencia hablan mucho sobre lo que querrían hacer por Cristo, hablan sinceramente pero con ignorancia, y por su sinceridad son escuchados, aunque con el tiempo aprenderán cuán serio era su ofrecimiento. Dicen a Cristo “*¡podemos!*”, y su palabra es oída en el cielo.

Es lo que nos acontece en muchas cosas en la vida. Así, en la Confirmación, cuando renovamos lo que por nosotros se ofreció en el Bautismo, no sabemos bastante bien lo que ofrecemos, pero confiamos en Dios y esperamos que Él nos dará fuerzas para cumplirlo. Así también, al entra en la vida religiosa, no saben hasta dónde se embarcan, ni cuán profundamente, ni cuán seductoras sean las cosas del mundo que dejan.

Y así también, en muchas circunstancias, el hombre se ve llevando a tomar un camino por la religión que puede llevarle quizá al matrimonió. ¡No ven el fin de su camino! Solo saben que es lo que tienen que hacer, y oyen en su interior un susurro que les dice que, cualquiera sea la dificultad, Dios les dará su gracia para no ser inferiores a su misión.

Sus Apóstoles dijeron: “*¡Podemos!*”, y Dios los capacitó para sufrir como sufrieron: Santiago, traspasado en Jerusalén (el primero de los Apóstoles); Juan más aún, porque murió el último: años de soledad, destierro y debilidad. Con razón Juan diría al final de su vida: *¡Ven señor Jesús!* (Apoc 22, 20), como los que están cansados de la noche y esperan la mañana.

No nos contenemos con lo que poseemos; más allá de las alegrías, ambicionemos llevar la cruz para después poseer la corona. ¿Cuáles son, pues, hoy nuestros riesgos basados en su palabra? Jesús, expresamente lo dice: “El que dejare casa, o hermanos o hermanas, o padre o madre, o esposa o hijos o hijas, o tierras por mi nombre, recibirá el ciento por uno y la herencia del cielo... Pero muchos que son los primeros serán últimos; y los últimos serán los primeros” (Mt 19, 29-30).